

V Jornadas de Investigadorxs en Formación
Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES)
Ciudad de Buenos Aires, 8 y 9 de Octubre de 2020

Eje 3. Objetos sobre la mesa. Reflexiones sobre la materialidad

Las guardianas de las mantas bordadas: secretos y jerarquías en Tinogasta

Martina Cassiau ¹

Resumen

En el año 2016 llegué a Tinogasta, un pueblo al oeste de Catamarca. Puse mi atención en recabar todos los datos posibles, me maravillé con las construcciones de adobe, sus colores, sus formas, las capillas, los exvotos, la imaginería de las iglesias, las guirnaldas de papel, las estampitas y agradecimientos a los santos. Este primer acercamiento dispuso mi sensibilidad para preguntarme por todos los objetos enigmáticos que vi. Sobre la permanencia de estatuillas y tributos a los santos en lugares públicos que nadie roba, ni vandaliza. Sobre la vida de estos objetos en medio de paisajes desérticos e inhóspitos. Lugares desolados. Sobre cosas que nadie toca y son respetadas. Parecen no ser nadie, pero son de todos. Son huellas. Rastros de alguien que pasó por allí.

Casi como una búsqueda del tesoro, fui preguntando casa por casa, desplazándome por las callecitas más alejadas del centro, bordeando la costa de las montañas, fui en auto, también a pie. Realmente tuve que “buscar” a las bordadoras. No me recibieron en todos lados, muchas mujeres ya no bordaban, otras no tenían nada para mostrar, otras nos contaron sobre alguna manta que habían hecho, hubo quienes recordaban sus abuelas o madres quienes sí lo hacían. Nos referenciaban alguna vecina. Conocí mujeres que lo solían hacer, pero hoy se dedican a otras labores. Hasta que por fin las encontré.

Mujeres bordadoras que guardaban un mantón de dos plazas rebalsado de flores y hojas espejadas como obras de arte, dobladas y guardadas en sus muebles, esperando sin marchitarse. Cada manta bordada fue un tesoro único en medio del paisaje seco terracota que ahora aprecio

¹ Maestranda en Antropología Social, IDES-IDAES / UNSAM, martinacassiau@gmail.com

mucho más que en ese momento. Las artesanas son sus guardianas. No todas las exhiben. A veces las venden.

En estas páginas reviso el material desde una nueva perspectiva y me interesa comprender la red social que habilita la circulación y posesión de las mantas bordadas de Tinogasta, intentando comprender ¿Cómo y por qué se pone el objeto en circulación? ¿Por qué y a quiénes las ocultan? ¿Cómo puedo vincular las reflexiones de Weiner (1992) sobre los objetos inalienables, secretos y jerarquías con mi campo de trabajo?

Palabras clave: cultura material- jerarquías- circulación de objetos- textiles bordados- Tinogasta

Introducción

En febrero de 2016 visité Tinogasta para recorrer la Ruta del Adobe². Mi plan era relevar algunas cuestiones de la Ruta del Adobe para otro trabajo de la facultad y pasear un rato. Allí me encontré con Lilian Knez³, quien insistió en ir a buscar a las bordadoras. En un principio, yo no tenía mucho interés. Pero emprendimos la búsqueda y me alegra haber superado la pereza de ese momento.

Este universo me maravilló y decidí volver por veinte días en marzo de 2019 y otros veinte días en abril de 2019, con intención de hacer el trabajo de campo correspondiente a mi tesis (aún en curso) de Maestría en Antropología Social (IDES-IDAES/UNSAM). Durante este viaje recabé mucha información en variados formatos: grabaciones, notas de campo, entrevistas, fotografías y videos. Conocí varias artesanas y tomé la mayor cantidad de fotos que pude, tanto de mantas bordadas y producciones artesanales, como de los objetos que habitan sus casas, los contextos y, cuando la confianza lo permitió, tomé algunos retratos de las artesanas bordadoras

²La **Ruta del Adobe** es el camino que une las ciudades de Tinogasta y Fiambalá en el Departamento de Tinogasta (Provincia de Catamarca, Argentina), trayecto de 55km enclavado en la Ruta Nacional 60 y zonas adyacentes. En este camino se emplazan siete edificaciones declaradas Patrimonio cultural de la Provincia de Catamarca, pero lo cierto es que estas construcciones tan valiosas se encuentran en zonas adyacentes a la Ruta n° 60 y entre cada uno de estos hitos hay una buena cantidad de viviendas de adobe, objetos regionales y un paisaje único que acompaña la estética y mística del lugar.

³ **Lilian Knez** es la madre de una íntima amiga. Ella es quien me recibe en Tinogasta cada vez que voy a de visita. Tiene 60 años, nació y vivió en Tinogasta, conoce a la mayoría de las artesanas. Actualmente se dedica a la producción de oliva y tiene un pequeño punto de comercialización de artesanías en Tinogasta, dentro de la vieja casona de adobe donde pasó su infancia, y que actualmente se encuentra señalizada en la Ruta del Adobe.

e incluso nos sacamos alguna “selfie”. El sentido de mi tesis es aportar una mirada antropológica sobre producción, circulación, usos y consumo de mantas bordadas en Tinogasta, para intentar entender el significado de los textiles bordados en el universo de las bordadoras, en contraste con el significado que le dan sus compradores.

En este sentido, me pregunto ¿Cómo y quiénes se vinculan a través de los textiles bordados? ¿Qué relaciones sociales habilitan la producción, circulación y compra de los textiles bordados? ¿Qué significado social, moral y estético tiene este objeto en el universo de las bordadoras y en el universo de los compradores? ¿Cuáles son vendibles? ¿Cuáles son resguardados? ¿Qué representan esos objetos?

Dentro de los objetivos específicos de mi investigación me propongo, por un lado, estudiar el proceso de producción de los tejidos bordados para relevar aspectos de hibridación en las distintas etapas de elaboración ¿qué aspectos de la producción son permeables a cambios globales y cuáles se reafirman o se resisten? ¿Cuáles son las etapas de producción? ¿Quiénes intervienen? ¿Cómo se asigna un precio? ¿Cuáles son los mecanismos y modos de venta? Por otro lado, reflexionaré sobre el sentido social del gusto a la hora de producir y a la hora de comprar objetos personales, es decir, ¿Cómo se producen los diseños? ¿cómo se eligen formas y colores? ¿qué creen estas mujeres que les gusta a los compradores? ¿qué compran ellas? ¿qué eligen? ¿por qué lo eligen?

Las mantas bordadas de Tinogasta

Las mantas bordadas de Tinogasta son textiles de gran tamaño. Son producidas de manera artesanal en telar criollo y bordadas a mano. Las flores prevalecen en los bordados, a no ser que se haga un pedido especial.

Las artesanas decoran sus mantas con prolijidad y dedicación, en donde se ponen en práctica su saber, su habilidad y creatividad. Ellas plasman su corazón en cada puntada. La manta es el resultado de un largo proceso de trabajo realizado en la intimidad del hogar. Las flores y las hojas simétricas forman parte de su identidad y habitan su alma. La terminación de las mantas es de rapacejo, una red artesanal formada por nuditos y flecos de lana.

A través del análisis del registro de campo, las desgrabaciones, fotografías y videos, reflexionaré sobre la producción, posesión y circulación de las mantas bordadas y los secretos que contiene, en contraste con la cultura o condiciones materiales de las mujeres que entrevisto.

¿Cómo y por qué se pone el objeto en circulación? ¿Por qué y a quiénes las ocultan? ¿Cómo circula el objeto y los conocimientos entre generaciones y entre vecinas?

La primera bordadora que conocí fue Doña “Loli” (Febrero 2016)

Nos recibió en su casa después del mediodía. Nos hizo esperar en el comedor, donde estuvimos unos minutos a solas. Loli fue a buscar una manta que tenía guardada en otro lugar de la casa. Cuando volvió y la abrió, la manta floreció. Ramilletes de flores y hojas espejados en un jardín de lana que tuvimos que desplegar entre tres personas. Seis manos extendían, lo más posible, el paño pesado y abrigado de lana para poder disfrutar del espectáculo de flores y colores, los flecos colgaban y con algunas maniobras tratábamos de que no tocara el piso.

La simetría de flores y colores que a mi me desvela, para Loli es habitual. Lo que a mi me impacta pareciera no ser destacable para ella. Todavía no sé bien a qué responde el patrón, pero lo que se sale de esta rigurosa simetría es considerado incorrecto. La simetría tiene que estar. Podría ser un dibujo de cualquier tipo, siempre es espejado.

Nos contó que la manta había sido realizada íntegramente por ella. Aprendió el oficio a los 14, porque su mamá y su abuela eran artesanas. Ella no enseñó a nadie porque dice que *“a la gente joven ya no le gusta”*. Varias artesanas me dijeron eso, pero se la pasan enseñando en talleres sostenidos o impulsados por la Municipalidad.

Yo creo que a la gente joven nunca le gustó particularmente, pero era una forma de pasar el rato, de aprender una forma de relacionarse entre mujeres, de tejer relaciones mientras se tejían mantas, de charlar, de circular información, de compartir el tiempo de las tardes, de dividirse en grupos, de encontrar afinidades y enfrentarse en rivalidades, de sublimar su imaginación, de canalizar obsesiones en la prolijidad de cada puntada, de aprender lo que está bien y lo que está mal, de encarnar roles: porque las más grandes enseñan y las más chicas aprenden.

Y las que enseñan tienen el poder de mandar a deshacer todo un trabajo y volver a hacerlo si consideran que no está lo suficientemente prolijo o que la combinación de colores no es la adecuada. La misma rigurosidad geométrica en el diseño de las mantas se hace presente en las enseñanzas o transmisión del oficio.

Años después, en el año 2019 tuve oportunidad de sentarme en el bastidor y aprender a pinchar la tela, de verdad que es muy riguroso y lo que para ellas eran errores, para mi no lo eran. Todavía no entiendo qué está bien y qué está mal. Pero el proceso de aprendizaje me resultó frustrante.

Por otra parte, se presenta una diferencia estructural en la manera de entender los procesos de diseño y producción entre las artesanas y yo. Yo pongo la atención en la simetría, distancia matemática entre distintos dibujos, la precisión en la selección y equilibrio de la paleta de color, la armonía de la escala de tamaños y analizo el desarrollo de rapports o guardas.

En cambio, Loli lo ve otra forma. Para ella no se trata de simetría y paletas de color. Me explica que las mantas se conforman de dos mitades. Esas mitades se extienden en dos bastidores y se “trabaja por cuartos”, cada artesana se dedica a pinchar una esquina de la tela. Luego se unen los dos paños y queda el diseño espejado.

“Trabajar por cuartos” y “dibujar en espejo”. Así relatan las artesanas los procesos de producción. Hay un código o regla implícita. No se hace de otro modo. No se habla de simetría, escalas, ángulos, medidas, contrastes o paleta de colores. Esa soy yo.

Loli me contó, que en el 2014, había estado enseñando a un grupo de chicas que mandaban desde la Municipalidad, pero que no habían terminado las clases. Asistieron durante un año y medio. Aprendieron toda la primer parte del proceso: limpiar el vellón de manera manual, hilarlo con un huso, teñirlo, lavarlo, secarlo, preparar las madejas y ovillos, urdir el telar criollo y tejer los paños. No llegaron a aprender a bordar. Según Doña Loli, el taller terminó porque su casa está alejada y porque la tarea conlleva mucho trabajo. Aprendieron un montón de cosas, pero no aprendieron lo que tenían que ir a aprender desde un cierto punto de vista.

Todo el proceso que mencioné dura unos **cuatro meses**. Pero esta tarea no es de dedicación exclusiva. Dentro de su casa, Loli se desplaza entre la máquina de coser y el bastidor extendido, que va avanzando de noche o cuando tiene algún ratito. Es un momento de nutrición interna, pienso que mientras yo leo o veo una película, ellas usan ese tiempo para hacer sus bordados. Le pregunté en dónde vendía y qué precio tenía la manta que nos mostraba. Ella respondió: Si usted la busca en la feria la consigue de tres quinientos para arriba. ¿Ustedes fueron a la feria de Tinogasta? En Tinogasta había una manta. No sé si fueron ustedes por ahí a la feria. Hay una manta, me parece que a dos mil quinientos. Pero no sé cómo será el bordado... era en tono rosadito, así tirando al fucsia. Esa vale dos mil quinientos. Pero yo la vi doblada. No sé cómo es el bordado por dentro. Pero se la veía bonita” (Loli Vera, 2016).

Loli sabe sobre las mantas que están en circulación para la venta, su existencia y ubicación en la feria del centro. Ella la vio cerrada. No pidió verla.

El momento de **abrir y cerrar** una manta es destacable. De verdad pareciera un cofre que se abre y cierra. Cuando la manta está cerrada se puede llegar a inferir qué tiene adentro, pero no

se conoce su riqueza hasta que no se abre. Loli distinguió entre las mantas con mayor o menor trabajo. **Poner trabajo** implica todo el tiempo invertido en la perfección simétrica, espejada, equilibrada de cada una de las mantas, de cada dibujo y cada puntada. Poner trabajo a una manta no es únicamente ponerle una determinada cantidad de dibujos, implica destreza, prolijidad y expertice. También implica un compromiso emocional y la producción de la riqueza que se va a encontrar cuando se abra la manta.

También sabía de una manta que guardaba Doña Rosa, una vecina que también se dedica al bordado. Según Loli sólo ellas dos se encontraban realizando trabajos de ese tipo en ese momento. La manta que guardaba Doña Rosa era color lacre, un rojo fuerte. Pero no sabía si la seguía teniendo.

También recordó una manta de fondo negro que tejió para Doña Rosa, quien bordó de muchos colores. Entre vecinas a veces se intercambian trabajo: Loli teje en telar criollo las bases para que luego Doña Rosa haga el bordado que le encargaron. Luego, si llega un pedido a Loli, seguramente Doña Rosa la ayude a bordarlo. Como la vez que le llegó el pedido de un pajarito, pero que al final no se hizo. **Estas producciones colaborativas no se pagan con dinero entre ellas. Pareciera una forma de vincularse desde una lógica de interdependencia, que genera cohesión social, que entreteje a las mujeres bordadoras.** Se comparte la intimidad del bordado y los secretos del pinchado.

Doña Rosa mandó esa manta de fondo negro a Comodoro. Después de algunas conversaciones, entendí que hubo un momento de migración hacia el sur, para trabajar en el petróleo. Allí viven muchos familiares y varias mantas producidas por estas mujeres se desplazan hacia el sur, para abrigar a la familia que se encuentra allí. Las artesanas los abrazan con sus tejidos. Ellas son esos tejidos.

La manta es el soporte material dinámico de la individualidad de cada una de ellas. Van al encuentro de su familia en el otro punto del país. La ausencia de hace presencia. Las mujeres desplazan los objetos desde el norte hacia el sur de Argentina.

Las mantas se desplazan desde un paisaje terracota, montañas, cultivos, flores, cielo diáfano, sol seco y siestas abrasadoras, hacia el llano sur del frío hostil, cielos encapotados y grises, viento patagónico, días más cortos y costas.

Las artesanas mandan vida, abrigo y color. Su fuerza y destreza física, su imaginación y sus particularidades, sus emociones y sus gestos, se trasladan con las mantas en cada puntada, nudo y pedacito de la manta.

Volví a buscar a Loli (Abril 2019)

Tres años después, volví a buscar a Loli. Era mi segundo viaje a Tinogasta, en 2019. En mi primera visita, no había registrado bien en dónde vivía. Después de haber conocido otras bordadoras y algo de universo, resignifiqué el encuentro con Loli. Ahora me resultaba intrigante, porque estaba muy por fuera del circuito de las bordadoras que conocí y me enseñó uno de los textiles más lindos y tradicionales que vi hasta el momento. Yo sentía que era de las bordadoras verdaderas. La estaba buscando particularmente a ella. No la encontraba. Después de dos semanas en Tinogasta haciendo trabajo de campo y preguntando en dónde podría encontrarla, la ubiqué en una casa cerca del Oratorio de los Orquera, dentro de la Ruta del Adobe.

Llegué manejando en un auto alquilado. Estaba expectante de conversar con Loli. Bajé y toqué a la puerta. Esperé un momento. Alguien apenas abrió un pedacito de puerta y asomó la cara. Era Loli. Estaba segura, era ella. Me acordaba su cara de memoria por las fotos que había sacado durante mi primera visita. Ella no se acordaba de mí. Y tuvimos una pequeña charla con la puerta entreabierta, más cerrada que abierta. Loli me bloqueaba el paso en todo sentido. Le conté que estaba investigando sobre los bordados. Pero me decía que no tenía ningún bordado, que no estaba haciendo. Le expliqué que para mí valía la pena conversar un rato con ella, a pesar de que no tuviera una manta para mostrarme. Por dentro me latía el corazón, la había encontrado, pero no me daba bola, no me dejaba pasar, no tenía nada para mostrar. No le interesaba conversar conmigo sobre el oficio. Me mantenía por fuera, no me permitía acceder. Se me acababan los argumentos. Me desesperaba por dentro. Toda la escena con la puerta entornada.

Entonces apelé a la solidaridad más básica: pedir agua para el mate. Accedió. Corrí al auto, vacié el termo en el cordón. Me sentía en una misión. Volví con el termo vacío a la puerta de Loli. Entonces sí me dejó pasar para esperar a que el agua hirviera.

Ya estaba adentro. Lo había conseguido. Ahora tenía que registrar todo lo posible. Loli se fue a la cocina. Me dejó sola. Y yo, despojada de la posibilidad de incomodarla con mi mirada meticulosa puesta en sus fotos, recuerdos, souvenirs y objetos íntimos, me empaché de mirarlo todo, una y otra vez.

En realidad, no me había dejado sola, estaba rodeada de sus objetos. Éramos ajenos entre nosotros. Ellos me miraban a mí también. En una pared había una foto antigua de esas en blanco

y negro que después se coloreaban, una manta de polar con una estampa de tigres hiperrealistas, un ventilador de pie. En un rincón, una mesita redonda vestida con carpeta hecha en crochet, un cisne hecho en origami y pintado de plateado con unas flores de goma eva, algunas fotos. Nada tiene polvo. El piso encerado. Tengo que seguir mirando todo lo posible antes de que llegara Loli y me descubriera.

Loli volvió al comedor y me acompañó mientras se calentaba el agua. Le pregunté por todos los objetos que había. Casi todos habían sido hechos por familiares. Ahora entiendo porque me parecía una familia de cosas. Familia de cosas o cosas de familia. Retomé mi tema de investigación sobre bordados, le pregunté un poco más. Me contó que no tenía nada bordado para mostrarme, que ahora no hacía bordados.

Pedí permiso para pasar al baño. Apenas saliendo del living, a menos de cuatro pasos de distancia de donde estaba, lo vi. El bastidor inmenso extendido a medio bordar. Al fin. Yo sabía que tenía que estar bordando. La descubrí. Me contó que se trataba de un trabajo que tenía hacía unos 7 meses en proceso. Era para una sobrina que cumplía quince años y vivía en Comodoro. Sólo le faltaba bordar un cuarto de la manta y luego unirla con la otra mitad que ya estaba hecha. La tenía doblada y guardada en una habitación contigua. Conversamos sobre el diseño, los tipos de flores y los colores. Ella me contaba que entre las tareas en la finca y los encargos de costura no estaba consiguiendo avanzarlo y que por eso no le parecía bien mostrármelo. También me comentó que podría guardar la manta cuarenta años (su edad) y que se mantendría siempre igual.

Yo no sé bien por qué no me lo quería mostrar. Pero es explícito y evidente el esfuerzo por mantener este bordado por fuera de la mirada de extraños, como yo.

Visita a Doña Rosa

Fuimos a buscar a Doña Rosa. En auto fueron unos diez minutos. Nos hizo pasar a su casa. Nos contó que ella hacía bordados, pero que ahora se había dedicado a hacer hilo de manera artesanal, para que alguna vecina se lo tejiera en telar. Desafortunadamente no estaba consiguiendo quién pudiera tejérselos, ella no tiene el tiempo para abarcar todo el proceso porque vive con algunos de sus hijos y está al cuidado de algunos de sus nietos.

Nos contó que toda la vida se había dedicado a hacer los cubrecamas de dos plazas bordados, pero que ahora no conseguía llegar a tener la tela suficiente. Sólo tenía unas telitas bordadas a medio hacer.

Durante la conversación Doña Rosa nos contó sobre una manta muy linda que había hecho para ella y que privó de su circulación, hasta un momento muy crítico en el que necesitó venderla para conseguir dinero por un tema de salud.

Yo hice un cubrecama todo de felpa, no sé si conoce la felpa. Hice un cubrecama que tenía una garza pomposa y bonita. ¿Usted vio la garza? Yo la hice en un cubrecama con todas flores de felpa, hoja, palo y flor de felpa. Ese me llevó cerca de cuatro meses hacerlo. Lo hice para mí. Es como le digo...es algo que es mío. Y yo digo “me cueste lo que me cueste lo hago.

Le pregunté si podía verla, pero me contó con decepción que había tenido que venderla de urgencia.

Y yo tengo una nieta que había que operarla del riñón. Por eso fui a la plaza, exhibí la manta y la vendí, porque necesitaba la plata con urgencia. Y bueno ahí, lo terminé vendiendo ni bien pude. **Como le digo, lo ven y lo quieren.** Ahí lo vendí.

Doña Rosa hizo un gran esfuerzo para hacer esta manta de garzas y por mantenerla fuera de circulación. También hizo un esfuerzo desprenderse de ella a través de una venta. De alguna manera las mantas bordadas acompañan el ciclo vital de las mujeres, de desplazan para pagar medicamentos o para abrazar un familiar en el sur. sobrina. Quizá los textiles bordados cumplan un rol específico dentro de los ritos de paso.

Durante la conversación con Doña Rosa, también hizo una clara distinción entre las mantas de flores que hacen sus hermanas para la venta y la manta que ella había hecho con su propia imaginación, con mucho trabajo y dedicación, la hizo “cueste lo que cueste”, porque era para ella. **Estas mantas, las íntimas, son el fundamento de las mantas que ponen a circular y a vender, a las que ponen menos trabajo.** Porque, como me dijo Doña Rosa “*las ven y las quieren*” y de alguna manera producen algo parecido, pero muy distinto en significado, a estas mantas bordadas de uso personal. Las mantas que circulan están vinculadas al sustento económico de las mujeres. A las que seguramente se les pone menos trabajo: menor creatividad y menor implicancia en cada puntada. La manta producida para ser vendida para un desconocido conlleva un trabajo distinto al de la manta de uso íntimo o para algún familiar.

Doña Rosa Andrada, heredera de Doña Aldacira

En el 2016, también conocí a Doña Rosa Andrada, hija de Doña Aldacira Flores, figura reconocida en el mundo de las artesanías, especialmente de los bordados.

Doña Aldacira Flores, reconocida artesana bordadora, supo tener un taller de bordado y organizaba el trabajo de manera colectiva. Esta mujer se convirtió en emblema del bordado tinogasteño y participó durante muchos años en numerosas ferias y mercados nacionales. Las mujeres que colaboraban en su taller siempre se sintieron decepcionadas justamente porque su presencia no trascendía en el objeto.

Las mantas bordadas tienen la capacidad de extender la presencia de su poseedor o productor en el espacio y en el tiempo. En una oportunidad, publiqué una foto de una manta bordada en Facebook, a los pocos días la comentó Doña Rosa Andrada, hija de Doña Aldacira, quien había reconocido el tipo de rapacejo que hacía su madre. El objeto permanece unido a su dueño original, incluso cuando circula. Las mantas bordadas actúan como medios y extienden la presencia de Doña Aldacira, representándola a través de los hilos, los dibujos y la distribución de los colores.

Doña Rosa, su hija, mantuvo con vida el taller de su madre, en donde **guarda las producciones de mantones bordados a altos precios**. Es importante aclarar que la dinámica de taller no es como antes. Antes su madre reunía en el taller grupos conformados por mujeres: mientras algunas hilabas, otras tejían y otras bordaban en enormes bastidores. Las mujeres eran productoras y a la vez aprendices. Doña Aldacira les enseñaba el oficio. También les pagaba por lo que hacían.

Doña Rosa posee las mantas de su madre, si bien las tiene en venta, hace años que la visito y siempre las tiene ella. No las vende. Ella protege el valor de las posesiones de su madre. Les pone un precio tan alto que son difíciles de vender. En una conversación, ella da cuenta de que muchos de sus compradores ubican estas piezas en las paredes de sus casas, las cuelgan **como obras de arte**. Doña Rosa decide sobre la circulación a estas mantas bordadas, analiza a los compradores. No cualquier puede poseer una de estas mantas. Creo que son posesiones inalienables para su grupo familiar, si bien están a venta y son exhibidas como mercancías, tienen un sentido único por haber sido confeccionadas por Doña Aldacira. Pareciera hacer un esfuerzo por retenerlas. Siguiendo las ideas de Weiner (1992), podría decir que se trata de objetos inalienables que funcionan como depósito de historias, genealogía y prestigio. Su

identidad es única y subjetiva, están por encima del resto de los objetos fácilmente intercambiables.

La posición social de Doña Rosa es distinta respecto del resto, su participación política es activa en el municipio de Tinogasta y llegó a ocupar el cargo de Directora de Cultura. Seguramente la acumulación de tantas bordadas y ser descendiente de la mujer más reconocida en materia de bordados la ubican en un lugar de mayor jerarquía.

Reflexiones finales

Es importante destacar que sólo las bordadoras deciden quiénes reciben el conocimiento y qué partes enseñarán. Tal como lo analiza Annette Weiner (1992), poseer el secreto promueve la autoridad. El secreto o truco de un proceso artesanal otorga a su poseedora, un lugar de jerarquía y poder. Tendrá capacidad de agenciar según sus propios intereses y los de su grupo, y decidirá qué va a develar de estos secretos y a quién lo hará.

En este sentido, me pregunto ¿cuál es el secreto de las bordadoras? ¿Cuál es la información que mantienen fuera de circulación? Podría pensar que las artesanas guardan el secreto de la técnica de producción artesanal, los conocimientos técnicos para producir los mantones bordados. Además es difícil de conseguir información precisa sobre quién produce mantones bordados, quién posee algún mantón bordado guardado, qué precio tienen.

El secreto se establece en dos sentidos. Por un lado el secreto que preservan las artesanas dentro de su universo, protegiéndolo de los visitantes externos. El mundo de los compradores, los gestores culturales, los productores audiovisuales, los amantes del arte popular y el folcklore, los turistas. Por otro lado, el secreto de cómo producir dentro de un mismo universo social tinogasteño. Las artesanas se reservan el derecho de enseñarle a otras mujeres.

La administración de este secreto les otorga a las artesanas guardianas del bordado, la capacidad de posicionarse y jerarquizarse tanto hacia dentro de su comunidad, como hacia afuera.

Queda para futuros encuentros seguir reflexionando en torno a estas mantas, seguirles el rastro e intentar obtener la confesión de las GUARDIANAS ¿quiénes las custodian? y ¿por dónde circulan? para trazar reflexiones en torno a la participación política de las mujeres y la generación o relaciones de poder desde el interior de las casas.

Bibliografía

Weiner, A. (1992). *Inalienable Possessions. The paradox of Keeping-While-Giving*. Estados Unidos. Universidad de California.